

Hispanoamérica en la estrategia por la paz

Juan BATISTA GONZÁLEZ

GUERRA Y PAZ, O DOS FALSOS CONTRARIOS

Todo filósofo digno de tal nombre ha hecho sus cábalas en relación con esos extremos aparentes que son la guerra y la paz, y que desde el punto de vista del pensamiento puro pueden ser contemplados (así lo hizo Heráclito hace unos cuantos siglos, y así lo hace hoy Angel Oliver en un libro valiente¹) como contrarios efectivos. Los poetas, instalados en la estética, han ayudado a sostener esa perspectiva, y también los lingüistas (el Teniente General Martínez de Campos observó que en diccionarios y en reputadas enciclopedias, españoles y extranjeros, se define la paz como ausencia de guerra², con lo cual, a la contraposición citada, se añade la evidencia de que se tiende a considerar a la primera corolario de la segunda), de tal manera que en el plano histórico-social la dicotomía paz-guerra ha venido a ser el argumento bifronte de la existencia humana.

Alexandre Solzhenitsyn aclara el equívoco secular introduciendo en esta concepción binaria un tercer elemento decisivo: *La contraposición "paz-guerra" —razona— contiene un error lógico: toda una tesis se contrapone a una parte de la antítesis. La guerra es la expresión masiva, densa, ruidosa y brillante, pero frecuentemente no la única, de la permanente violencia mundial, de amplia difusión. La contraposición lógicamente equilibrada y auténticamente moral, es: Paz-Violencia*³. Lo que quiere decir que para que no haya paz no es preciso que haya guerra. Esta, mirada con el ojo del jurista o del militar de nuestros días, es, al fin y al cabo, la única violencia que está regulada, para tratar de acotar sus nocivos efectos, por unos convenios y leyes aceptados por la mayoría de las naciones. El respeto a tales normativas es lo que ennoblece al oficio del soldado; y la no observancia de ellas, convierte a éste

¹ Angel Oliver.- *¿Qué es la guerra?* Madrid, 1991.

² Carlos Martínez de Campos., *Meditaciones sobre la paz*. Artículo en el Diario ABC, Mayo, 1962. Según la primera acepción que sobre este vocablo aparece en nuestro Diccionario de la Real Academia de la Lengua, la paz es *la situación y relación mutua de quienes no están en guerra*.

³ Alexandr Solzhenitsyn.- *Alerta a Occidente*. Barcelona, 1978. Pág. 30.

(quien lo sabe, pues su código moral lo expresa claramente⁴) en potencial reo de la justicia internacional. Las demás "violencias" no se sujetan a regla ninguna, aunque cuantos las desatan o practican tratan de enmascararlas con una pátina castrense que las dignifique (y así surgen las etas-militares, los ejércitos de liberación y una miríada de "frentes" reivindicativos, que nada tienen de militar ni de ejército⁵).

Las violencias que se disfrazan de guerra (y las guerras que degeneran en pura y brutal violencia, con lo que se convierten en violencias disfrazadas de guerra) han confundido no sólo a la pública opinión, sino también a más de un ilustre pensador: Arnold Toynbee, con loable intención aunque confundiendo la velocidad con el tocinco, afirma que *esa expresión tradicional de "virtudes militares" es, desde luego, engañosa, ya que todas las virtudes exhibidas en la guerra tienen asimismo una esfera de acción ilimitada en otras formas de combate y de relación humana, en tanto que, por la otra parte, a menudo la exhibición de esas virtudes por los soldados ha resultado, infortunadamente, compatible con una exhibición simultánea de crueldad, rapacidad y multitud de otros vicios*⁶. No advierte el historiador británico que un soldado desviado hacia tales conductas pierde su condición de aforado por los códigos de justicia militares. Dentro de éstos planteamientos resulta difícilmente aceptable llamar "guerra" al conflicto yugoslavo o al ruandés, entre otras cosas porque ambos poseen un ingrediente ajeno a los librados entre ejércitos organizados (aclaro que estoy reflexionando en el "ahora" en que nos encontramos y contemplando las fuerzas armadas del "primer mundo" en que nos inscribimos y deseamos proyectar hacia "otros mundos" de inferior nivel de desarrollo): el de la letalidad intencionada y elevada a la categoría de objetivo estratégico de las partes enfrentadas.

Precisamente, en estos escenarios, organizaciones castrenses (bajo los auspicios de Naciones Unidas), usando como únicas armas sus virtudes militares, intervienen para intentar que se respeten las leyes de la guerra. Abren y protegen ejes de comunicaciones de socorro a poblaciones desabastecidas; procuran atención a heridos y prisioneros y posibilitan intercambios de bajas entre combatientes; enlazan a familias separadas por la contienda; proporcionan refugio a gentes desplazadas; sirven de elementos de enlace entre facciones enfrentadas; intentan, en fin, que los adversarios troquen su pugna feroz en guerra formal, aceptando normas humanizadoras y defi-

⁴ En nuestras Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, este mandamiento se establece en el artículo siete, que dice así: *Las Fuerzas Armadas ajustarán su conducta, en paz y en guerra, al respeto de la persona, al bien común y al derecho de gentes. La consideración y aun la honra del enemigo vencido son compatibles con la dureza de la guerra y están dentro de la mejor tradición española.*

⁵ Los cuales preocupan a Alvin Toffler y a Alain Mink, autores, respectivamente, de *Las guerras del futuro* (Barcelona, 1994) y *La nueva Edad Media* (Madrid, 1994), ensayos en los que se analiza, muy objetivamente, los *futuribles* de la sociedad humana.

⁶ Arnold J. Toynbee.- *Guerra y civilización*. Madrid, 1974. Pág. 11.

niendo objetivos que concreten unas metas políticas a exhibir en mesas de negociaciones. Creo que no se está reparando suficientemente en esta importante función (dotada de riesgos evidentes) que, proyectada hacia la implantación de acuerdos o de treguas, realizan las tropas del "primer mundo" (el desarrollado, que en jerga filosófico-tecnológica se ha dado en llamar "postindustrial") con cooperación de otras pertenecientes a naciones en vías de desarrollo, que ven en estos compromisos civilizadores (interesante es reseñar tal circunstancia añadida) una de las fórmulas para enlazar con las sociedades avanzadas.

Pacifistas militantes (no de algarada o salón) que, con inquietudes humanitarias están presentes en estos teatros conflictivos han reconocido sin ambages la constructiva labor de los soldados de la ONU, los cuales (conviene hacerlo notar), para desarrollar sus misiones no han tenido que modificar sus códigos morales, sino, simplemente, aplicarlos. Inmersos en un clima violento, arrojando un peligro cierto (ahí están sus bajas para testificarlo), tratan, mediante el ejemplo del respeto a una normativa internacional, de reducir a una escala bélica y, por lo tanto, "objetiva", lo que no es más que beligerancia desordenada y "subjetiva". No actúan (puesto que no es su cometido) para producir avenencia, sino para "objetivar" (o, lo que es lo mismo, desapasionar) la contienda, condición previa e imprescindible para proyectar la paz.

La guerra se sitúa, en fin, entre dos absolutos, que son la violencia y la paz. Es, como Clausewitz indica, *un acto de fuerza para imponer nuestra voluntad al adversario*⁷, definición incompleta que el tratadista matiza cuando la desarrolla, condicionándola a unos imperativos jurídicos que la caracterizan como "violencia organizada y regulada" y comparándola con un duelo, del que se diferencia por la escala del enfrentamiento.

Violencia y paz, como conceptos absolutos, no son susceptibles de evolución. Ve Kant en el segundo *el fin de la historia universal*⁸, como precipitado de civilización más cultura, o sea, como consecuencia del perfeccionamiento y extensión del conocimiento. La violencia es, sobre todo, la quiebra del orden mediante la recurrencia a la fuerza. En función del ámbito en que se aplique puede tener apellidos y acotaciones, de ahí que en ella esté comprendido el fenómeno bélico como particularidad sujeta a unas reglas acordadas. La guerra es, así, un concepto relativo, sujeto a evolución, a positivo perfeccionamiento. Como resultado de ello, hoy resultan inconcebibles el saqueo, el botín, la esclavitud y otras duras penas que antes se imponían a la parte derrotada en un conflicto y que el derecho de gentes proscribió.

⁷ Carl von Clausewitz.- *De la guerra*. Barcelona, 1976. Pág. 38.

⁸ Johannes Hirschberger.- *Breve historia de la filosofía*. Barcelona, 1964. Francis Fukuyama (*El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, 1992) parece caminar por esa ruta kantiana.

Desde el punto de vista de tal código jurídico, penoso es el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial. Pero no es menos cierto que a partir de su clausura se ha avanzado bastante en cuanto se refiere a la acotación de los límites legales y morales de la guerra. Estos, y el lógico terror a las armas de destrucción masiva, han determinado la "no-guerra" existente desde la derrota de las potencias del Eje hasta nuestros días. Y en el momento presente, cuando la revolución tecnológica es el gran motor de la actividad humana, también la guerra ha sentido su impacto. Se pueden fabricar armas apocalípticas, pero asimismo es factible disminuir la mortandad en los conflictos. Por parte aliada, la Guerra del Golfo vino a ejemplificar esta tendencia. Y como el resultado obtenido (es decir, el logro de los objetivos propuestos) fue satisfactorio, la investigación (teniendo en cuenta que la guerra sigue siendo una probabilidad a considerar en todo cálculo prospectivo) trabaja en producir medios y métodos de agresión que, sin menoscabo de su eficacia, sean mínimamente letales.

Estas características que se empiezan a exigir a los armamentos del futuro requieren tecnología avanzada, a la que tienen acceso muy pocas entidades nacionales. Dicha tecnología, que se basa fundamentalmente en la electrónica y en la informática, ya no es militar, sino civil, y va ligada al estado de desarrollo de una sociedad. Es un hecho incuestionable que las comunidades pertenecientes al primer mundo, caso de tener que afrontar un conflicto, exigen un mínimo de bajas, de deterioro ambiental y de duración de las operaciones. Sólo la técnica es capaz de satisfacer esas exigencias que, evidentemente, operan en favor de la paz, ya que, cuando menos, tienden a alargar la vigencia de ésta. El problema estriba en que la mayor parte de las naciones están subdesarrolladas y sometidas a regímenes políticos que manifiestan desapego por la paz. La simple transferencia de tecnología no mitigaría estas realidades. Civilización y cultura son, según Kant (y tal opinión es difícilmente refutable), las condiciones previas de la paz perfecta. Así que la generalización de la civilización y de la cultura ha de ser el primer paso en un programa para implantar la paz (o, lo que es lo mismo, para erradicar la violencia, y con ella la guerra) en toda la extensión del planeta.

LOS INSTRUMENTOS DE LA PAZ

Samuel Pizar, asesor del presidente Kennedy, publicó en 1970 un interesante libror⁹ a lo largo del cual, fruto de su experiencia política y profesional, exponía un conjunto de reflexiones dirigidas a propiciar un clima de entendimiento Este-Oeste. El conflicto vietnamita y el mayo francés planeaban sobre aquéllas. Daba por irreversible, el autor, la bipolaridad y, en consecuencia, estimaba que se hacía preciso

⁹ Samuel Pizar.- *Las armas de la paz*. Barcelona, 1971. Título original: *The weapons of peace*.

adoptar las medidas precisas para propiciar un entendimiento que mitigase la "guerra fría". El comercio era, para él, el método capaz de conseguir tal objetivo. Pero, consciente de que poner en relación dos modelos económicos (estatal y privado) antagónicos era tarea llena de dificultades, abogaba por llevar a cabo un incremento en las relaciones humanas y gremiales como iniciador de una deseada cooperación global. La correspondencia, el turismo, el tráfico informativo y el mutuo conocimiento de las respectivas formas de vida, producirían un "ablandamiento" (especialmente en el bloque soviético) de los recelos entre las partes que habían de ponerse en relación. En resumidas cuentas, reclamaba un intercambio de conocimientos (*ni todo lo del Oeste –decía– es bueno, ni todo lo del Este es malo*¹⁰) sobre civilización y cultura. La Conferencia de Helsinki, años después, vendría a sancionar esta aspiración, que los representantes de Moscú aceptaron. Hoy, podemos preguntarnos si el aluvión informativo que invadió a continuación el mundo soviético no ha sido uno de los factores provocadores de su derrumbamiento, además del ya conocido reto tecnológico popularizado con el nombre de "Guerra de las Galaxias". Y hay que observar que el desmoronamiento –material e ideológico– del imperio comunista, pese a implicar la desaparición de uno de los polos de poder militar (dotado de una doctrina manifiestamente agresiva), no ha significado disminución de esa "violencia mundial de amplia difusión" que Solzhenitsyn deplora, sino más bien lo contrario, a despecho de los cantos de sirena que pronosticaron, cuando tal acontecimiento tuvo lugar, la perdurabilidad de una paz recién descubierta.

En la antigua Unión Soviética reina el desorden armado, y resulta alarmante el silencio de los estrategas en relación con lo que allí puede ocurrir mañana mismo. Cabe afirmar que Occidente no ha exportado (no ha sabido, o no ha querido, o no ha podido, o tal vez todo ha sucedido demasiado rápido) su sistema a aquellas comunidades humanas desemejantes entre sí que carecían, a la postre, de un proyecto común, de un sentido nacional. Captar para la construcción de la paz a lo que se suponía una potencia mundial con capacidad para mantenerse como tal tras la desaparición de sus antiguos poderes políticos, ha sido un ideal fracasado. Ni su cultura, ni su civilización, han logrado asimilar los modelos de sus vecinos occidentales, y su mera implantación no democratizará ni hará más dinámica la vida de los ciudadanos de la antigua URSS. Con ojo de antropólogo, hay que decir que tendrán ellos que hallar su propio camino entre mil dificultades y sorteando, incluso, el riesgo del conflicto armado. Necesitan ayuda económica, apoyo tecnológico, impulso organizativo, pero la absorción de estos esfuerzos por parte de sus inmensas potencialidades precisan de una cierta bonanza social interna y del concurso de todo el mundo desarrollado, que, comprometido en vastos planes de cooperación con otras

¹⁰ Samuel Pisar.- Op. cit. Pág. 274.

muchas regiones, requerido impacientemente por sus propios ciudadanos para su cumplimiento, mal coordinados sus distintos componentes y afectado por particulares problemas sociales y económicos (y también –a qué negarlo– por íntimos egoismos), no culmina con éxito, ni siquiera aceptablemente, los acuerdos que concreta para alcanzar tan constructivos fines. Se puede afirmar que el llamado primer mundo es insuficiente (en riqueza y en tamaño) para elevar las condiciones de vida (y propiciar las bases para construir la paz) de los habitantes del resto del planeta.

Si fuera posible completar en breve plazo el desarrollo de una amplia comunidad humana ocupante de una extensa superficie continental bien dotada de riquezas explotables, el subsiguiente aumento del primer mundo permitiría una más intensa y eficaz atención a las poblaciones menos favorecidas. Tal urgencia se puede satisfacer si quienes viven en la región a potenciar son capaces de asimilar con rapidez –antes que las tecnologías avanzadas que se pongan a su disposición– los modos de relación, los esquemas transaccionales y ciertas formas de vida propios de las sociedades evolucionadas con cuyo contacto han de beneficiarse. Japón es un ejemplo claro de esta disposición: sin renunciar a sus tradiciones seculares, en la industria y en los negocios ha sabido dejarse penetrar por foráneas aptitudes hasta rivalizar y sobrepasar a sus maestros.

Hay que encontrar "otro Japón", a ser posible más ancho, más joven y con parecido número de habitantes. La gran banda de naciones musulmanas que se extienden desde el Atlántico al archipiélago indonesio no ofrecen características apropiadas para saltar en poco tiempo a la plenitud del desarrollo: escasamente pobladas, mal intercomunicadas, dotadas de movimientos beligerantes que rechazan por mor de ancestrales costumbres intransigentemente defendidas toda novedad que pudiera incidir en su cultura, mal alfabetizadas y difícilmente permeables por causa de su idioma, constituyen un mundo agitado del que sus conflictos son noticia casi cotidiana y al que se acaban de sumar con sus desórdenes las repúblicas mahometanas de la extinguida Unión Soviética. No ofrece mejor perspectiva la India, torturada por luchas interétnicas que han costado la vida a varios de sus más señalados dirigentes. Y en cuanto a las naciones negras de Africa, las crónicas de cada día nos dan cuenta de asesinatos multitudinarios cometidos por grupos tribales enzarzados en luchas exterminadoras. Dentro de la propia Europa, la faja septentrional de la Península Balcánica, mosaico de pueblos condenados a una complicada convivencia (con Yugoslavia como epicentro), no se caracteriza por la bonanza política y social. China, por último, resuelta a proyectar su futuro según particulares normas, no parece, por el momento, inclinarse hacia la cooperación internacional. A lo largo y ancho de tan amplia superficie del globo proliferan férreas dictaduras o inciertos remedos de democracia. Y muchas de estas naciones se muestran hostiles a un entendimiento con las sociedades avanzadas. Tan sólo el centro oriental de nuestro continente denota atracción hacia las vecinas nacionales occidentales, abriéndose a la influencia de sus

métodos empresariales y poniendo a su disposición una mano de obra barata y laboriosa. Pero dicha tendencia está lastrada por la larga tradición del intervencionismo estatal, que ha modelado el comportamiento y el soma cultural de estos pueblos.

En cada una de estas sociedades se vive (con independencia de las tensiones étnicas) un intenso debate interno, cuyos antagonistas son, de una parte, los sectores renovadores que postulan por una aproximación al mundo desarrollado, y de otra, los integristas opuestos a dicha relación, considerada por ellos moralmente indeseable. En más de una región (Irán, Argelia) la controversia se ha resuelto en contienda civil que amenaza con extenderse a territorios vecinos. Se trata de una confrontación ontológica, en la que, desde fuera, es muy problemático mediar. La violencia que genera, aun larvada, no permite vislumbrar a corto plazo un panorama dotado de un mínimo sosiego que permita, mediante programas internacionales de cooperación, ampliar la geografía de la paz (suponiendo que tal geografía exista). Por dolorosa que nos resulte, esta es una realidad palmaria.

(Inciso: llega el momento de decir que lo que llamamos "mundo desarrollado" o "primer mundo" comprende toda la Europa Occidental y la América situada al norte del Trópico de Cáncer más Japón y las naciones anglófonas del Pacífico. En este gran ámbito humano se han producido, a lo largo de la historia, todos los adelantos técnicos que han revolucionado la vida racional; ha medrado no sin lucha pero con éxito final una inmensa floresta de escuelas filosóficas potenciadoras del arte, la política, el derecho, la literatura, la economía, la estrategia y la ciencia; ha imperado una moral inspirada en unos principios religiosos francamente liberales aún en tiempos en que cuestiones de fe motivaron enconadas beligerancias; han existido generaciones dotadas de admirables inquietudes que las lanzaron a la exploración del planeta, a la conquista de lejanas regiones o al iluminado misticismo. Este gran ámbito humano, en fin, con sus grandes virtudes y sus enormes defectos, ha influido decisivamente en la restante humanidad. Y si bien es cierto que se ha debatido entre cruentos conflictos que ha exportado a otras zonas del globo, también es verdad que ha sabido meditar sobre la guerra y la paz, y que, hoy día, está intentando definir las condiciones para que ésta sea perdurable. Se puede afirmar que toda la sociedad humana, en el momento en que nos encontramos, se mira en este primer mundo que habitamos. O creemos que se mira, y pretendemos obrar, honradamente, en consecuencia, extendiendo sus fundamentos y sus efectos. Y como nuestras disquisiciones no son antropológicas sino que quieren surgir de lo profundo del pensamiento tradicional europeo, éste es el marco doctrinal en que nos desenvolvemos para condenar la violencia y formalizar la paz).

De lo anteriormente expuesto se colige que la ampliación rápida del "primer mundo" depende de encontrar un ámbito humano lo más "occidental" posible, de tal modo que para transferirle tecnología no sea precisa una previa impregnación de

civilización y cultura. Ese ámbito humano existe. Se llama Hispanoamérica¹¹. Y del él dependen la paz y la prosperidad del mundo del mañana.

EL MUNDO HISPANOAMERICANO EN EL PROYECTO DE LA PAZ

De manera elocuente y profundamente realista, en su famoso Discurso de Angostura, Bolívar reclama para la América hispana el reconocimiento de su condición de descendiente de España y, por lo tanto, de Europa. Y también, el de su originalidad geográfico-histórica: *Al desprenderse la América de la Monarquía Española, se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una Nación Independiente conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos Miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos Europeos, no somos Indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento y Europeos por derechos,... nuestro caso es el más extraordinario y complicado*¹².

Era aquel un discurso pronunciado desde la lejanía, y Bolívar lo sabía: pese a que las naciones americanas eran "europeas por derechos", el Océano se constituía, en aquel momento doloroso de la secesión, en barrera natural que, más que aislar a aquella inmensa parte de Occidente, la ponía a los pies de los poderosos de su misma estirpe. Desde el momento mismo de su independencia, la América española ha sido repetidamente violentada, despreciada, explotada, desnaturalizada y ridiculizada¹³. Se la ha utilizado, aprovechando sus inquietudes intelectuales, para ensayar en ella todas las tesis revolucionarias, desde la liberal a la comunista, con presencia, incluso, de confrontaciones socio-teológicas. Esto, ha perturbado su normal desarrollo, el cual, pese a todo, avanza entre sinsabores, de una manera, que me parece para la causa de la paz mundial bastante más segura que la de los llamados admirativamente "tigres asiáticos", burbujas económicas, condenadas a reventar en un futuro tal vez no muy lejano.

¹¹ Hispanoamérica, y no Latinoamérica, que es extranjerismo de cuño francés puesto en boga por Lallemand, mediocre aunque astuto intelectual, que supo aprovechar el vacío en las relaciones culturales entre España y los virreinos indios recién emancipados para introducir en aquel ámbito ultramarino el concepto adulterador, generador de toda una contracultura. En tiempos de la guerra fría, a Estados Unidos y a la Unión Soviética les vino muy bien invertir en aquella. Ha habido, en resumen, un intento de "narcotizar" a la América española. A Bolívar le habría horrorizado el vocablo desnaturalizador.

¹² Simón Bolívar.- *Discurso de Angostura*. Recopilado por Graciela Soriano en el volumen *Escritos Políticos*, que recoge los discursos y epístolas del Libertador. Madrid, 1982. Pág. 96.

¹³ Sobre todo esto hay una inmensa bibliografía que no vamos a expresar aquí. Resaltemos, no obstante, que a ella se han incorporado recientemente algunos textos, valiosos por lo que de autocrítica contienen. Entre ellos, *La verdadera paz*, de Richard Nixon (Madrid, 1980) y el famoso *Informe Kissinger* (Madrid, 1984).

En lo político, Hispanoamérica ha contemplado a Europa como ejemplo en el que inspirarse. En el desenvolvimiento de sus esquemas, por reivindicaciones territoriales, por desavenencias regionales, por luchas entre facciones, por influencias o intervenciones extranjeras, han conocido no pocos retrocesos y formas de gobierno que, insólitas para Occidente, resultaban allí (la Historia nunca es caprichosa) necesarias o convenientes. A este lado del Océano nos permitimos al juzgar los sucesos ultramarinos el lujo de la condena o de la burla¹⁴. Pero cualquier observador objetivo puede detectar allí y ahora serios intentos por lograr definir sistemas políticos democráticos y perdurables, al estilo de los que imperan en lo que hemos dado en llamar "mundo civilizado".

En lo cultural, respetando ejemplarmente a sus minorías étnicas (ciertas anécdotas son, normalmente, irrelevantes y adolecen de descarada manipulación), ha asimilado el maestrazgo europeo: su lengua, su religión, su derecho, sus costumbres, pertenecen a la cultura occidental, y ésta se manifiesta en todas las actividades de la población hispanoamericana. Prensa crítica, arte comprometido, literatura esplendorosa y con capacidad de penetración fuera de aquel ámbito, son propiedades sociales de la población indiana, en la cual, por cierto, todo el que emigra es acogido y se acomoda sin dificultad. (De hecho, dicha población se ha formado a partir de la mezcla del elemento europeo entre sí y con el indígena, y con la contribución añadida de otras razas, africanas y asiáticas. Hispanoamérica es el mundo del mestizaje).

Diversa en lo accidental y homogénea en lo sustancial, es un ámbito extenso dotado de población en crecimiento, inequívocamente occidental, por formación y por vocación. Ha conocido situaciones conflictivas hasta hoy mismo y algunos de sus problemas sociales están todavía pendientes de solución. Es un puntual emisor de información y por eso, sus acontecimientos turbulentos promueven la controversia en la opinión pública occidental. En Europa nos atrevemos a opinar más sobre las guerrillas nicaragüenses, sobre la insurrección en Chiapas, sobre las mafias de narcotraficantes colombianas, sobre la Guerra de las Malvinas o sobre la miseria suburbial de muchas capitales sudamericanas que sobre el espantoso caos africano, del que la violencia intertribal ruandesa no es más que un caso, especialmente brutal, de una barbarie colectiva casi cotidiana en ese continente. (Y también, de una descolonización —en la que España no estuvo implicada— irracionalmente efectuada).

¹⁴ Como recientemente, en el Congreso italiano, cuando un diputado, en justificación a sus palabras, buscando apoyatura dialéctica para sus razonamientos (relacionados con la corrupción de la vida política), habló de *repúblicas bananeras, como Bolivia*. Mario Vargas Llosa, en un luminoso artículo titulado *Bolivia no es Italia* (El País, 6 de noviembre, 1994), rebatía contundentemente tal recurso argumental exponiendo los avances que, en todos los órdenes, han experimentado en los últimos años las naciones hispanoamericanas.

El conocimiento que el mundo desarrollado tiene de las disfunciones hispanoamericanas es muy superior al de sus logros y esfuerzos por hacer de aquel conjunto de naciones un escenario donde impere la paz. Por el acuerdo de Tlatelolco, la antigua América virreinal se constituyó en espacio desnuclearizado, el primero declarado en plena "paz nuclear" subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial; existen hoy día varios compromisos multilaterales de carácter económico-estratégico que funcionan aceptablemente impulsando el progreso de las naciones signatarias; enconados enfrentamientos civiles van siendo liquidados con la avenencia de las partes litigantes; la implantación de regímenes democráticos (constante aspiración de aquellas naciones) se va generalizando; hay un "milagro económico" boliviano (con reducción drástica de la deuda externa y un crecimiento económico notable y sostenido) del que poco sabemos los europeos; como poco sabemos también de la emergente prosperidad de Chile, Argentina, Paraguay y Uruguay; Méjico acaba de integrarse con Canadá y Estados Unidos en el gran proyecto que hará de América del Norte el mayor mercado mundial; América Central perfila una unidad económica que comienza a dar esperanzadores resultados. En la paz mundial, las naciones hispanoamericanas han intervenido como primeras firmantes de la Carta de las Naciones Unidas tras haber todas ellas, durante la Segunda Guerra Mundial, declarado su beligerancia contra las potencias del Eje.

No cabe, pues, definir a Hispanoamérica como "tercer mundo". Por su dinámica económica, claramente liberalizadora, por su creciente grado de integración social, por su energía cultural que tiende a la expansión, es "algo más", capaz de conectar con el "primer mundo" en tiempo relativamente breve. Su ilusionante situación actual, de la que forma parte un ambiente de no confrontación entre las naciones que la componen, y, por consiguiente, no perturbador para el orden mundial, ha sido alcanzada con pocas ayudas y muchas incomprensiones, entre ellas la de exigirle, sin contraprestaciones, que su naturaleza se mantenga en estado primario para que se mantenga respirable la atmósfera del planeta.

Ningún analista contempla riesgos de desvíos hacia actitudes agresoras (ni siquiera hacia programas puramente defensivos) en la transferencia de tecnología a las naciones de la América hispana, las cuales, en lo cultural, en lo jurídico (y, por lo que se ve, en lo político y en lo económico) demuestran, día a día (y esta vocación es ya histórica) que pertenecen al mundo occidental y que están más capacitadas, en consecuencia, que otras en vías de desarrollo o subdesarrolladas para asimilar en la producción, en el comercio, en la investigación, en la enseñanza y, en general, en la total dinámica socio-económica, los modelos de las naciones desarrolladas. La ordenada generosidad de éstas con aquéllas constituiría una inversión beneficiosa para todas ellas, con el resultado de la rápida incorporación de ese ámbito ultramarino (poseedor de una inmensa reserva de riquezas naturales) al conjunto de las sociedades

avanzadas y el consiguiente aumento de las posibilidades de movilidad laboral dentro de una "geografía del desarrollo" verdaderamente global, y capaz, desde entonces, de ayudar a las regiones desfavorecidas propiciando una "geografía de la paz" de dimensiones, en el tiempo y en el espacio, kantianos.